

IMPLOSIÓN

Mañana, es mañana el día. Quiso, pero no pudo decirlo. El Ingeniero Miguel Bartaburu sintió cómo se le acumulaban en la garganta aquellas palabras brotándole desde lo más profundo de su ser y que pugnaban por salir con desesperación, más no logró emitir sonido. Era increíble, pero lo había olvidado. Hoy se había despertado muy temprano, con una cierta inquietud que no podía precisar y era por eso. El inconsciente se había encargado de trabajar toda la noche, hurgando entre sus recuerdos escondidos, actuando como un detonante de sus incertidumbres existenciales más íntimas.

Es imposible, no puede estar sucediendo, pensaba Miguel y caminaba nervioso por la inmensa y lujosa oficina ubicada en aquel piso elevado, desde donde podía divisar hacia abajo la actividad de la gran ciudad, que semejava un tablero de pequeños juguetes en continuo movimiento. Cuánto tiempo ha pasado desde que éramos chicos pensó, mientras encendía la laptop para buscar en su Facebook, aquella página dedicada a las fotos antiguas de su ciudad natal. Lo hacía cada día, quizá, para no olvidarla del todo.

A partir de ese momento, como esos álbumes familiares de fotos sepia guardados durante años en un baúl del altillo y que un día, sin saber por qué, decidimos abrirlo, la memoria de Miguel fue despertando con flashes intermitentes de sus recuerdos infantiles.

.....

-¡Gurises sinvergüenzas! Ya les dije que no deben entrar aquí. Se pueden resbalar con el aceite que hay en el piso y lastimarse– les gritó furioso el capataz de la fábrica de aceite, mientras esbozaba una sonrisa disimulada e imperceptible para los niños, pues no olvidaba sus pillerías infantiles.

-Ufa, casi nos atrapa esta vez– resopló el Bocha al escabullirse con su amigo por el portón lateral y perderse en el campito de enfrente, entre las

jaulas de los animales del circo que, como todos los años, se estaba instalando allí.

.....

Se paró frente a los grandes ventanales vidriados de sus éxitos, rodeado por todo lo que constituía la vorágine de su vida actual, y también por la soledad, sobre todo por la soledad, única compañía que flotaba etérea y resonaba en el silencio por todos los rincones del lugar. Fijó la mirada en el horizonte, como en un intento fallido de acortar en ese instante, el tiempo y la distancia, que lo separaban del pueblo al otro lado del gran charco y dónde había abierto los ojos por primera vez. Quizá porque era un día gris del invierno agonizando en esa lluvia pertinaz que se deslizaba en lágrimas por los vidrios, o porque lo abatían los olvidos, Miguel se sintió invadido por un torrente inmenso de tristezas y nostalgias y también de culpas indefinidas. Entonces, apareció la sombra de su madre, surgiendo del pasado, como un fantasma olvidado. olvidado

.....

-Si mi vieja se entera que trepamos a la chimenea de la fábrica, me mata. Cada vez que llego a casa, lo primero que hace es revisarme las rodillas y los codos para contar cuántas cascaritas y cuántos moretones nuevos conseguí ese día. Y hasta me olfatea las alpargatas. De eso no me salvo ni que esté revolviendo el dulce de leche, ni haciendo las tortas fritas para la merienda en los días de lluvia— dijo Miguelito.

.....

Necesitaba ubicar al Bocha, ni recordaba su nombre después de tantos años. Ah sí, Enrique Vignola le vino a la mente unos segundos después. La última vez que se habían visto, fue por lo menos unos treinta años atrás. Miguel recién se había recibido y tomaron una copa acodados en el boliche del

barrio, antes de emigrar al viejo mundo con su flamante título de ingeniero. Después, regresó a la capital del país varias veces en viajes fugaces y siempre apresurados, pero nunca se acercó al terruño de sus orígenes, tal vez por el temor de sentir la tentación de quedarse. Ahora sabía que debía volver allí.

Señorita, usted no entiende lo que le estoy diciendo. Es mañana el día, es mañana y debo viajar hoy mismo, le había insistido Miguel a la empleada de la aerolínea.

Por fin lo había conseguido, el avión ya había despegado. Suspiró muy profundo, mientras aflojaba la tensión de las últimas horas y tuvo la sensación de que el asiento se iba amoldando lentamente a su cuerpo ¿Encontraré al Bocha cuando llegue? se preguntó. El ruido sordo de los motores de la aeronave fue la música de fondo que acompañó la evocación de más imágenes de su niñez pueblerina.

.....

-Mañana traeremos los soldaditos de plomo otra vez. Viste que los tuyos tienen uniformes rojos y los míos blancos, de los mismos colores que las franjas de la chimenea- dijo el Bocha.

-Y de la camiseta de River- agregó el amigo.

. -Hoy la lucha fue brava, cuántos heridos y armas perdidas. Qué pena. Tenemos que terminar esta guerra- expresó el Bocha.

-¡A firmar la paz soldados!- gritaron los gurises.

.....

Cuando la azafata anunció por el alto parlante que el vuelo estaba próximo a aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Carrasco, Miguel ya terminaba de impregnarse a través de todos sus sentidos, y aún más, como en

ósmosis a través de su piel hasta lo más profundo, de aquel olor nostálgico e inconfundible de la mezcla del humo de la chimenea con el del aceite de girasol y maní recién elaborado.

Apenas llegó a la terminal de Tres Cruces, hizo una llamada y una voz del otro lado del teléfono lo hizo enmudecer y acelerar su corazón, pues el del Bocha se había detenido para siempre. La vida le había jugado una mala pasada ese día y presintió que serían muchas las facturas pendientes de pago todavía. Durante las horas de viaje en autobús, volvían, sin darle tregua, más y más escenas de sus correrías infantiles con el Bocha.

.....

Resueltos a poner fin a la violencia, los niños habían hecho un pacto de amor fraterno. No tenían ni la pipa de la paz del cacique sioux, ni se animaban a sellar con sangre tan importante acuerdo, como lo habían visto tantas veces en las matinées de los domingos de tarde. Decidieron hacerlo de otra manera y dijeron: “Los dos bandos prometen por su honor deponer las armas y terminar la guerra.” Después, en unos agujeros de la chimenea escondieron dos soldaditos, uno blanco y otro rojo, que serían los guardianes y testigos fieles de la paz y juraron encontrarse dentro de cincuenta años a las cinco de la tarde y en ese mismo lugar, para retirar los soldaditos de plomo y así poder comprobar si la paz había sido duradera.

.....

Miguel arribó a la ciudad a las cinco menos cuarto, cuando ya no soportaba más los nervios porque se aproximaba la hora fijada cincuenta años atrás. Descendió rápidamente y apenas plantó los pies en el suelo, divisó a lo lejos la chimenea de la fábrica con sus colores deslucidos por el tiempo, pero erguida y entera, desafiante, como siempre, señalando hacia el cielo celeste y límpido de aquella cálida tarde de verano.

En los alrededores del establecimiento se habían amontonado muchas personas y él no entendía nada. Solamente ellos dos sabían de la existencia del pacto fraterno y solemne que debía cumplirse entre los amigos ese día. Pero el Bocha, ya no vendría. Y sonriendo en forma irónica para aliviar en algo aquella ausencia, pensó que no se hubieran molestado en preparar una ceremonia para recibirme. Luego, se entreveró entre aquella gente, que en realidad él no conocía, ni lo conocían a él.

Pero pasó, lo que pasó. A las cinco en punto, el edificio de la vieja fábrica de aceite con su chimenea rojiblanca, implosionó ante los gritos e improperios de los vecinos, mientras los más viejos del barrio se lamentaban y algunos lagrimeaban, al contemplar cómo eran arrasados sus recuerdos. De inmediato, un manto de silencio atronador cayó sobre el lugar.

El Ingeniero Miguel Bartaburu no logró impedir que aquello sucediera. Pero, en esa tarde soleada, Miguelito pudo divisar al Bocha montado sobre la chimenea de la fábrica con una sonrisa satisfecha y ganadora, apretando muy fuerte un soldadito en cada una de sus manos pequeñas y elevándose como el ave mitológica, entre aquella polvareda del progreso rumbo al espacio sideral.

Hoy, era hoy el día, pensó Miguel con alivio, mientras una única lágrima se le iba deslizando, porque la paz, al fin, había sido duradera.

Seudónimo: Ese día

llegará